

## HOMENAJE A SALVADOR ALLENDE

*Gerard Pierre-Charles. Sociólogo haitiano. Destacada personalidad democrática, Premio Casa de las Américas, 1980, autor de numerosos libros y artículos especializados en política latinoamericana.*



Es para mí un insigne honor y una gran responsabilidad, el haber sido invitado por las fuerzas de la Unidad Popular chilena a tomar la palabra, en este trascendental acto, en representación del exilio latinoamericano radicado en México. Estoy plenamente consciente de que al atribuir a mi modesta persona tan inmerecido privilegio, los compañeros chilenos han querido no sólo una muestra más de la solidaridad latinoamericana a su noble causa, sino también expresar su solidaridad con otros pueblos que son parte de esta América Latina oprimida, combatiente y heroica.

La invitación que me han hecho los compañeros chilenos para intervenir en este acto de recuerdo a la alta figura de Salvador Allende, es también un homenaje que he querido rendir al pueblo haitiano que desde hace más de 20 años está subyugado por la dictadura sanguinaria de los Duvalier al servicio de las mismas fuerzas que desde hace 5 años oprimen a Chile a través de Pinochet. Un homenaje a los cientos de compañeros haitianos, compañeros de generación, compañeros de partido, compañeros de generación, compañeros de lucha y de esperanza, que se han levantado

contra el fascismo, muchos cayendo heroicamente a lo largo de esta dura jornada que aún no ha terminado.

Es un homenaje a los hermanos de armas de Daniel Sansaricq, destacado revolucionario nuestro, cuya familia de 13 personas había sido asesinada en Haití y que cumpliendo tareas revolucionarias cayera preso en Santo Domingo. Desde allí recibió el asilo político en Chile en 1968, en una muestra de solidaridad que le fue brindada por la intervención personal de Salvador Allende, entonces presidente del Senado, Sansaricq vivió con una familia chilena. Regresó clandestinamente a Haití, en donde murió, peleando, teniendo en su corazón un pedazo de esa solidaridad revolucionaria, y humana que le había brindado el pueblo chileno y el senador Allende...

También esta participación latinoamericana el acto de hoy, es una muestra de la comprensión cada día más cabal, entre todos nosotros, de que la causa es una, de que los enemigos son comunes, de que más allá de las diferencias que se puedan dar entre nuestras diversas naciones, de mayor o menor desarrollo relativo, económico, social o político, de las diversidades culturales y étnicas, somos pueblos enfrentados a una misma problemática secular de opresión colo-

Discurso. Auditorio Torres Bodet, México DF, 28-VI-1978

nial y dominio oligárquico e imperialista, pueblos empeñados en conquistar nuestra determinación histórica en una lucha larga de las que han surgido líderes de gran envergadura como Tupac Amaru, Toussaint Louverture, Petion, Morelos, Hidalgo, Miranda, Bolívar, Sucre, Artigas, San Martín, Morazán, José Martí, César Augusto Sandino, Charles Peralte, Ernesto Che Guevara, Juan José Torres.

Desde luego, estos ideales y los hombres que los han abanderado se diferenciaban entre sí, en su definición, en su contexto histórico social, pero todos iban encaminados a romper con el yugo foráneo y promover el proceso de liberación nacional y social de nuestros pueblos.

Salvador Allende pertenece a este linaje de latinoamericanos que han sabido interpretar, en su momento histórico dado, el sentir de su pueblo, elevándose con las masas hasta los más altos niveles de lucha, entrega y sacrificio. Nos ha legado una mina inagotable de experiencias y enseñanzas que pertenece al patrimonio de todos los pueblos de América Latina y del mundo. Es por ello, que esta noche, al rendir este tributo latinoamericano, al revolucionario caído cuya figura se incorpora a la historia y al futuro de Nuestra América, recordaremos su obra en su significado y alcance. Sabemos que de esta obra se desprenden enseñanzas tan valiosas las unas como las otras, inseparables de la génesis y desarrollo de la experiencia de la Unidad Popular de Chile. Sin embargo, queremos destacar algunas de particular interés para nuestro combate, que nos llenan de reflexión, ayudando asimismo a situar el lugar histórico de Allende, de la Unidad Popular en el acontecer chileno y latinoamericano.

Al echar una mirada sobre la biografía de Allende, llama poderosamente la atención, cómo siendo médico, de extracción familiar acomodada, de filiación masónica, con tradición parlamentaria burguesa, este hombre conocido políticamente en la América Latina de las décadas 30 a 40 haya podido no sólo quedarse leal a la oposición progresista de su juventud, sino reforzar la misma, llegando a convertirse en el conductor de las masas populares chilenas.

Esta trayectoria luminosa contrasta el perfil de Allende con el de los líderes de los partidos socialistas de tendencia social demócratas de Europa, de numerosos de sus coetáneos latinoamericanos como Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, José Figueres, así como también de un sinnúmero de intelectuales y políticos de hoy que se apartaron de las banderas de su juventud convirtiéndose a menudo en adalides cuando no vulgares servidores del imperialismo y las burguesías criollas.

Esta verticalidad de Salvador Allende, por sí misma testimonia la calidad de la madera con que está hecho el hombre. También, tiene que ver con el marco histórico-social e ideológico de donde arrancó el líder chileno; una sociedad sacudida desde la primera década del siglo XX por las luchas de los trabajadores del salitre, por las primeras organizaciones políticas de la clase obrera, por la prédica revolucionaria de Luis Recabarren, y el Partido Comunista, por los recios combates clasistas que abrieron paso al primer gobierno que se reclamó progresista del socialismo en el continente, el de Marmaduke Grove, así como con la primera experiencia del Frente Popular. Es también el Chile de las violentas represiones antipopulares llevadas a cabo por el gobierno de González Videla, las cuales tuvieron efecto de templar al proletariado y a su partido.

En este contexto temporal y espacial, emergió Allende como el intelectual orgánico, fundador del Partido Socialis-

ta chileno, quien, entendiendo cabalmente las trampas ideológicas y políticas de la guerra fría y del anticomunismo desatados sobre América Latina en la posguerra y en los años 50, iba a convertirse en el apóstol de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias y populares chilenas.

Esta combinación de los factores sociales e individuales en la conformación del líder de la Unidad Popular, muestra hasta qué punto la fuerza organizativa e ideológica del proletariado, le aseguran, entre lo mejor de la intelectualidad progresista y pequeña burguesía, aliados fieles. Los mismos identificándose con el proyecto histórico proletario, pueden convertirse en portaestandartes ideológicos, cuadros científicos y técnicos dispuestos a sacrificarlo todo a la causa popular. La lección de la vida de Salvador Allende y del Partido Socialista de Chile resulta plenamente útil no sólo para la clase obrera, sino también y sobretodo para los sectores progresistas de la pequeña burguesía de nuestros países que no siempre llegan a hacer coincidir la aceptación teórica del papel de vanguardia del proletariado y su propia práctica política. La enseñanza de Salvador Allende coadyuvaba a comprender en la cuestión de la alianza revolucionaria, que es el proletariado y su consistencia ideológica, el que marca el paso a todas las demás organizaciones revolucionarias y avanzadas.

Conviene destacar al respecto el papel que le tocó desempeñar a Salvador Allende, para convertirse en el factor aglutinante del movimiento popular chileno a partir de la constitución del Frente de Acción Popular en 1964, durante el proceso formativo, y la exaltante experiencia de la Unidad Popular, hasta hoy día en el mantenimiento del espíritu y conducta unitaria que siguen animando a la izquierda chilena. Por sus cualidades políticas poco comunes, su transparente honestidad, su ausencia de sectarismo y su visión constante e insistente de las "grandes alamedas", Allende paso a ser uno de los principales constructores del "bloque histórico" que reclamaba la causa libertadora chilena.

Para ello, supo captar toda la riqueza de la nueva etapa de la lucha abierta en el Continente por el triunfo de la revolución cubana. Durante todo el desarrollo de ese proceso revolucionario, supo obtener las grandes lecciones del mismo, en cuanto a la necesidad de unificar todas las fuerzas revolucionarias y populares, en cuanto a la posibilidad de incorporar nuevas fuerzas sociales, en particular amplios sectores medios a la empresa libertadora. Entendió que la causa del socialismo se había convertido en un río caudaloso, crecido en América Latina, por los nuevos manantiales que bajaban o surgían de las montañas, que brotaban de las villas miseria, se abrían paso en las aulas de los colegios y universidades, configurando un sinnúmero de afluentes y confluente que el dirigente revolucionario debía saber juntar para captar todas las fuerzas y la extraordinaria energía de este poderoso río, que es el socialismo contemporáneo.

Es así como Salvador Allende y el Partido Socialista, durante la década 60, tan llena de inquietudes socio políticas en el continente y marcada por tantas diferencias entre las organizaciones revolucionarias, supieron desarrollar la política de la mano tendida. Supieron asimismo aceptar la mano tendida que les ofrecían los comunistas así como las demás fuerzas democráticas, progresistas y revolucionarias emergidas del suelo chileno, que se radicalizaban al agudizarse la crisis del sistema y la cólera popular en lo más hondo de la cordillera. Allende también al quedar convencido de que en Chile el proceso de cambio podía desenvolverse por vías pacíficas no sólo supo suscitar el respeto de otros

revolucionarios como Fidel Castro, que no creía en ese camino, sino también profesó el mismo respeto hacia aquellos que piensan más bien que la lucha tiene que cobrar un carácter violento para responder a la violencia contrarrevolucionaria.

Es así que cultivó una gran amistad con Ernesto Che Guevara y que abrió sus brazos solidarios a numerosos guerrilleros sobrevivientes de las epopeyas conocidas o anónimas.

La Unidad Popular bajo la conducción de este líder se convirtió en una fuerza material, que no sólo pudo deshacer los complots enemigos, sino, sobre todo, permitió lograr esta descomunal victoria ideológica y política que implican la histórica jornada del 4 de septiembre de 1970, y los tres años de vida del Gobierno Popular. Al consumarse esta victoria, como aquella del 4 de marzo de 1973, que tuve el privilegio de presenciar, al evaluar estos acontecimientos, se me ocurrió pensar.

“Si uno de los pueblos más avanzados políticamente de América ha optado en forma democrática por el socialismo, su voto traduce el sentir de la conciencia más diáfana del continente, que invariablemente eligirá el socialismo”. Puede entender y apreciar entonces, más que nunca, la magnitud de la obra política cumplida por el Doctor Allende y lo que representaba para Chile, para América Latina y para el mundo.

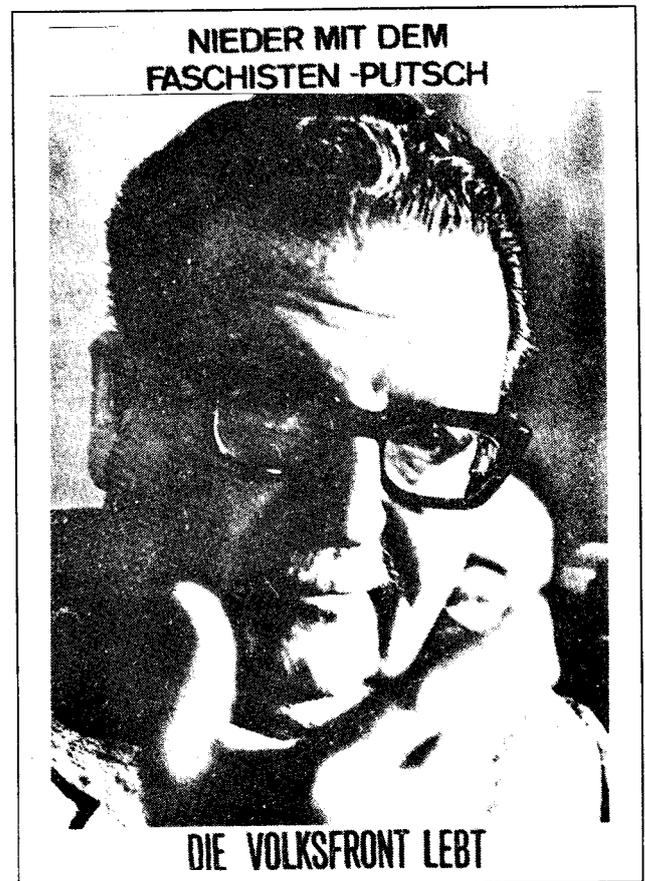
Pero este sentir del voto popular chileno no sólo lo habían entendido las fuerzas progresistas, también había sido captado por el imperialismo y por la reacción interna. Eso, además de la pérdida de privilegios que conllevaba para los monopolios y el gobierno norteamericano la implementación del socialismo en Chile. De allí, la gran conspiración de Wall Street, instrumentada por el Pentágono, la CIA y los verdugos que culminó el 11 de septiembre con el Golpe de Estado.

Cuál experiencia sacar de estas amargas páginas de la historia, escritas con la sangre de tantos patriotas chilenos, pero que pertenece al patrimonio del conjunto del movimiento revolucionario.

En las miradas críticas retrospectivas, que un movimiento revolucionario puede hacer de su propia experiencia, suelen surgir dos órdenes de preocupaciones: Preguntarse si la línea aplicada fue justa o errónea. O, en segundo lugar, si los errores se situaron a nivel de la aplicación errónea de una línea justa.

Al hacer estas preguntas, tenemos en cuenta que las mismas formaciones políticas chilenas han empezado con el valor y honestidad, desde la mañana de su derrota, a analizar las causas de la misma. Nuestro propósito es sacar las lecciones de esta experiencia para alumbar, fuera de las interpretaciones fatalistas y derrotistas, el sendero revolucionario por donde tendremos que transitar. Y en este atrevido intento de reflexión, nos parece que fuera de los errores, inevitables además en cualquier empresa revolucionaria, lo que hace falta reconsiderar, es la misma línea del tránsito pacífico, la cual en condiciones de tiempo y espacio de la experiencia chilena resultó inoperante.

Todos sabemos que el señalamiento teórico sobre la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo se da al fin de la década 50 y al principio de la década 60 como un gran avance de la teoría marxista-leninista que se fundamentaba en los cambios reales intervenidos en la correlación de fuerzas en el mundo, con el fortalecimiento de la Unión Soviética y el resto del mundo socialista, con el advenimiento de



la China Popular al campo revolucionario y el reforzamiento de todos los terrenos, del socialismo mundial. Este planteamiento teórico, correspondiente a una etapa de la lucha de los pueblos, presupone en su aplicación una visión dialéctica de la imbricación entre la instancia del escenario local de la lucha de clases, es decir, de luchas políticas, y la instancia internacional, es decir, la correlación de fuerzas no sólo en su dimensión global sino también en su proyección local. Se nos hace hoy, reconsiderando los hechos, que si bien la relación de las fuerzas sociales en Chile, por muchos factores históricos, objetivos y subjetivos, podía parecer favorable a la aplicación de esta línea, que resultaba al alcance de la Unidad Popular y del pueblo de Chile. Sin embargo, teniendo en cuenta las condiciones de espacio y tiempo, en la correlación internacional de fuerzas, así como la incidencia de este poderoso factor económico, político y militar en el escenario chileno y latinoamericano de la década 70, dicho camino no resultaba transitable aún.

Esta consideración se fundamenta en el conocimiento que tenemos del imperialismo. Sabemos que la crisis es un fenómeno histórico irreversible. El sistema está carcomido por sus intrínsecas contradicciones y limitado en sus desmanes, por las poderosas fuerzas del socialismo. Sin embargo, sabemos también que el imperialismo es un fenómeno violento y que mientras exista su dominación es inseparable de la violencia e implica guerras, golpes de estado, matanzas, desembarcos, intervenciones. Además de la larga experiencia que de ello tenemos lo pueblos de esta parte septentrional de América Latina, de América Central y del Caribe, la guerra a muerte desatada contra Cuba, Vietnam y Santo Domingo, son realidades que caracterizan la esencia del imperialismo contemporáneo. Y aun cuando en algunos escena-

rios locales se seguiría valiéndose de las formas legales y pacíficas de poder y representación, promueve eficazmente, a través de su control del estado, de las fuerzas armadas y de los servicios de inteligencia de los países dominados, mecanismo de violencia desestabilizadores, técnicas terroristas y golpistas, susceptibles de asegurar o por lo menos prolongar el dominio del capital financiero y del sistema. Y todavía, en América Latina y en la mayoría de los escenarios actuales, fuera del caso en que la destrucción del Estado por las fuerzas revolucionarias locales, le quita al imperialismo sus instrumentos locales, el intervencionismo, la injerencia imperialista, la desestabilización hace sumamente frágil y vulnerable cualquier empresa de paso al socialismo por los medios legales. Y al mismo estado burgués está dotado de un poder ilimitado de violencia cuando siente sus cimientos amenazados.

Estas reflexiones no llevan a considerar cómo la experiencia de Chile conlleva a un mayor rigor teórico en cuanto a la comprensión de las leyes de bronce de la lucha de clases plasmada por Marx y que Lenin ha desarrollado magistralmente en El Estado y la Revolución. Si bien es cierto que la infinita riqueza de las situaciones sociales y políticas del mundo contemporáneo requieren de cada militante una gran capacidad creativa para aplicar la teoría a las condiciones concretas de cada situación, quedan sin embargo algunas reglas fundamentales y esenciales propias del sistema de contradicciones sociales en que vivimos, que han de constituir nuestra guía para la acción eficaz en el actual período histórico.

Los pueblos están sacando cada día más, la lección de la conducta bochornosa del imperialismo y de la reacción chilena durante el desarrollo del golpe, contra la experiencia de la Unidad Popular. Salvador Allende, presente como dirigente y combatiente, indicaba cabalmente el significado del momento. Su última foto, lo muestra empuñando el fusil que le había regalado Fidel, defendiendo la soberanía de Chile, y la opción socialista del pueblo. Esta imagen y el mensaje que dejó como suprema expresión de su fe inquebrantable en la victoria, proyectan en las páginas de la historia y en las paredes del futuro, la figura de un guía preclaro: figura del ideólogo integral dispuesto a llevar hasta sus últimas consecuencias el fulgor de sus ideas; imagen del dirigente político decidido a utilizar, hasta en el último combate, nuevos métodos de lucha; imagen del revolucionario dispuesto a pelear y que de hecho peleó hasta la última cartuchera.

Estas estampas del compañero presidente, con el fusil en la mano, en el palacio de La Moneda en Iquique, se grabarán para siempre en la memoria de los pueblos de nuestro continente; transmiten el testamento postrero de pelea del "hombre de la vía pacífica". Ya en enero de 1971, él había vaticinado "si me asesinan el pueblo seguirá su suerte, seguirá su camino, con la diferencia quizá de que las cosas serán más duras, mucho más violentas porque será una lección objetiva muy clara, para las masas, de que esta gente no se detiene ante nada".

La herencia política de Allende y las lecciones que se desprenden de ella, no podrían ser más claras en cuanto a la necesidad para las clases oprimidas de entender las leyes de bronce de la lucha de clases, así como el papel de la violencia como partera de la historia. Nos induce a regresar al ri-

gor de este principio fundamental del marxismo-leninismo que enseña que la "cuestión del poder es la cuestión esencial de toda revolución".

Con el golpe de estado, Chile puso de relieve un fenómeno que venía ocurriendo en el marco de la crisis del sistema de dominación imperialista en el continente, del auge de las luchas populares, de la emergencia de la revolución cubana, y del fortalecimiento del socialismo mundial; el fenómeno de la fascistización del Estado, de la imposición de nuevas formas de opresión clasista e imperialista en todos aquellos escenarios nacionales en que los medios de represión tradicionales y legales ya no servían para asegurar el orden. Este fenómeno se fue extendiendo a Uruguay y a Argentina, adoptando en cada país las particularidades impuestas por las condiciones específicas, pero a partir de un mismo molde dibujado por el Pentágono y las escuelas especiales para-militares latinoamericanas.

El caso contribuyó a llamar la atención de la opinión mundial sobre este nuevo fenómeno político y a promover la movilización de la opinión pública del mundo contra el genocidio, la tortura, y la absoluta arbitrariedad impuesta a nuestros pueblos. Todo lo anterior ha coadyuvado a presionar al imperialismo y a sus vasallos exigiendo el respeto por parte de estos regímenes, de las libertades humanas fundamentales. En este terreno de la solidaridad con los pueblos de América Latina, especial énfasis merece la obra de los países socialistas en particular Cuba y la Unión Soviética que han llevado a expresiones más genuinas la tarea de denuncia y repudio de las dictaduras asesinas de América Latina, de denuncia de la responsabilidad directa del imperialismo en el surgimiento y en el mantenimiento de estos regímenes, prestando una ayuda valiosa a la lucha de nuestros pueblos para su liberación. Asimismo merece ser denunciado, sin vacilación, la vergonzosa complicidad con el imperialismo y el fascismo de los dirigentes chinos, que apoyan desde su nacimiento a la dictadura pinochetista, actitud que ha representado para numerosos sectores progresistas, la primera y dolorosa demostración de que la política de los gobernantes chinos, se aleja más y más de los altos ideales del socialismo, confundiendo crecientemente con las intrigas de los círculos más agresivos del imperialismo y de la reacción internacional.

Chile está presente en la gran batalla que lleva a cabo América Latina por la democracia, la liberación nacional y el socialismo. El sacrificio de sus mejores hijos, la conducta heroica de su pueblo y la difícil tarea clandestina y anónima son tantos elementos que unen la lucha del pueblo chileno con la de los demás pueblos de América que se niegan a aceptar el reino de la barbarie y repudian las mismas causas que le han dado lugar.

Pueblos que se han sentido totalmente identificados con la gran empresa de recuperación nacional y de transformación social y humana que encabezó Salvador Allende enseñando desde entonces las grandes alamedas de donde habrá de surgir el hombre libre de América Latina para construir una sociedad mayor.

Al celebrar el setentavo natalicio de Salvador Allende, nos inclinamos, una vez más, ante este nuevo prócer que nos ofreció su ejemplo señalando el camino en la incansable lucha por la liberación y el socialismo.